

# Los organismos económicos internacionales y la pobreza

LUIS HERNÁNDEZ MENDOZA\*

*El artículo analiza los problemas de la economía mundial al finalizar el siglo XX. Pese a los logros alcanzados, el fuerte aumento de la producción mundial y el crecimiento de la renta per capita, se registra un aumento de la pobreza en el mundo; por una parte los países más pobres quedan marginados, y por otra, los países emergentes, al resultar afectados por las crisis financieras, pueden retroceder, como consecuencia de una desigual distribución de la renta. Es innegable que, en un siglo de progreso como el que acaba de cerrarse, hay asignaturas pendientes. La solución no sólo vendría de la simple combinación de mejoras políticas económicas y de un alivio de la deuda, sino también de un implicación de los organismos internacionales, que pueden cooperar en el avance hacia la solución del problema.*

*Palabras clave: pobreza, distribución de la renta, países en desarrollo, países desarrollados, economía internacional, organizaciones internacionales.*

*Clasificación JEL: O10, O20.*

## 1. Los problemas de la economía mundial al finalizar el siglo XX

La evolución de la economía mundial en el siglo que acaba de finalizar puede dividirse en tres períodos:

*El primero* comprende los años iniciales, hasta la primera guerra mundial. En él domina una organización basada en el libre cambio y el patrón oro, aunque en las últimas décadas del siglo XIX ya se había iniciado un proceso de alejamiento del libre cambio, o, cuando menos, de un cierto freno a la extensión del mismo que, siguiendo el modelo inglés, había caracterizado los años anteriores.

*El segundo* incluiría el período comprendido entre las dos guerras mundiales, en el que los desequilibrios y, sobre todo, la gran depresión, marcan una etapa de desintegración de la economía mundial, caracterizada por la ausencia de

cooperación internacional y el intento de combatir las crisis mediante medidas nacionales.

*El tercero*, al que vamos a referirnos en lo que sigue, se inicia al finalizar la segunda guerra mundial y en él aparecen los organismos económicos internacionales, para promover la cooperación entre los países en los diversos campos —comercio, pagos, y financiación del desarrollo— en un intento de lograr los objetivos mediante una acción conjunta y solidaria, que se juzgaba indispensable para resolver los problemas que iba a plantear el mundo de la posguerra.

En conjunto, como señala R. Dornbusch (1), en el siglo XX, a pesar de las dos guerras mundiales y de la gran depresión, se ha registrado un crecimiento sin precedentes en la economía mundial.

Durante los siglos anteriores el progreso de la humanidad estuvo limitado por la baja productividad. Las estimaciones realizadas para el año 1700

\* Profesor Titular de la Universidad Complutense de Madrid.

(1) DORNBUSCH, R. (1999): «A century of unrivalled prosperity». Instituto Tecnológico de Massachusetts. Abril.



COLABORACIONES

muestran mínimas diferencias entre la renta *per capita* de Estados Unidos, China e India, por ejemplo. Mientras que Europa se situaba un 20 por 100 por encima.

En 1820 nos encontramos que Europa y Estados Unidos tienen una renta *per capita* que dobla las de China, Japón y Rusia, a pesar de que China e India, en conjunto, aportan la mitad del producto mundial. A partir de entonces comienza un fuerte proceso de desarrollo que multiplica por tres el nivel de vida europeo, y por cuatro el norteamericano. Las causas son conocidas: la acumulación de capital, la innovación tecnológica, la división del trabajo, y la difusión de todo ello en el mundo de la época.

Este crecimiento de la producción y de los niveles de vida, que en buena parte, se concentra en la segunda mitad, no agota los acontecimientos destacados ocurridos en el siglo XX en este ámbito. Desde 1950, Japón ha aumentado su nivel de vida ocho veces; China siete veces; y los países emergentes de Asia muestran resultados parecidos.

El éxito productivo, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, es el resultado de dos factores principales: el aumento del ahorro y la formación de capital, que ha hecho que el trabajo sea más productivo, y el progreso tecnológico que ha permitido, además, aumentar la producción con los mismos niveles de trabajo y de maquinaria. Habría que añadir la creciente apertura de las economías. Y los frenos al crecimiento que han supuesto, por ejemplo, las guerras, se han convertido en retos, que han permitido acelerarlo, una vez eliminadas estructuras y tecnologías obsoletas. La reacción de las economías japonesa y alemana, después de sus derrotas, ofrecen un buen punto de meditación.

Recordemos que R. Solow (2) atribuía a la formación de capital, tan sólo, un tercio del crecimiento de la renta *per capita*; la causa del resto estaría en el llamado «factor residual», un cajón de sastre en el que se incluyen el resto de los factores y, en particular, el progreso técnico. Es este un fenómeno complejo que requiere instituciones

financieras eficaces, una buena asignación de recursos, un marco de estabilidad política, el respeto al derecho de propiedad y la incorporación de las mejores tecnologías. La evidencia empírica no detecta los factores determinantes del progreso técnico, pero identifica los negativos: inestabilidad, inflación, excesos burocráticos, economías cerradas. Todos ellos producen un entorno en el que el progreso no es imposible, pero en el que para avanzar serán necesarias aportaciones mayores de trabajo y capital. Pero no existe un modelo de desarrollo superior a cualquier otro y válido para todos los países, y en todos los momentos. Recordemos que el modelo japonés cuyas cualidades han sido alabadas durante décadas o la organización alemana del mercado laboral, no menos ponderada, se han identificado después como causas, entre otras, del largo período de crisis de la economía japonesa y de la euro esclerosis, respectivamente.

El crecimiento de la economía de los países avanzados en el siglo XX, que atribuimos a la innovación y a la formación de capital, ha estallado, sobre todo, en la segunda mitad del siglo y ha afectado, también, a ciertos países en desarrollo. Históricamente Japón fue el primero en introducir reformas en su economía, pero ha sido en los últimos treinta años cuando se han unido los países emergentes de Asia y de otras áreas. India triplicó su nivel de vida; Singapur superó al Reino Unido; China multiplicó por seis su nivel de vida, a partir de una situación, que en 1950, no difería mucho de la que registraba el país en 1700. La experiencia asiática no debe ser infravalorada, cosa a la que se tiende, a raíz de las crisis financieras de los años noventa (3). El proceso de crecimiento asiático, que ya ha reemprendido su marcha, aunque a ritmos inferiores a los que se registraron con anterioridad, suponía mucho trabajo y un fuerte sacrificio del consumo en favor de la acumulación de capital y del crecimiento.

Cuando examinamos la evolución de los principales países en el siglo XX, y tratamos de señalar aquellos que muestran mejores registros, parece claro que Japón y China estarían entre los



COLABORACIONES

(2) SOLOW, R. M. (1956): «A contribution to the theory of economic growth». *Quarterly Journal of Economics*. LXX.

(3) GUITIAN, M. y VARELA, F. (coord.) (2000): «Sistemas económicos ante la globalización». Edit. Pirámide. Madrid.

ganadores, seguidos de Europa y Estados Unidos que han quintuplicado sus niveles de vida en un siglo sin precedentes en este aspecto. Esto parece confirmar la moderna teoría del crecimiento, según la cual los que vienen detrás tienden a avanzar más rápidamente y a converger con los que les preceden en la carrera.

Pero este proceso de convergencia se ha mostrado muy desigual. Rusia y África se retrasan; India avanza pero no al ritmo de otros países asiáticos. Por ello la globalización en estos momentos es el gran reto ante el siglo XXI. Impuesta, en buena medida, por los avances tecnológicos, sobre todo en transportes, comunicaciones e informática, y apoyada por la política económica liberalizadora promovida por los organismos internacionales, y practicada de manera creciente por los principales países, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Entre estos y en el ámbito mundial tiene dos que suponen un reto para la acción internacional: la marginación de los países más atrasados, que no consiguen incorporarse al proceso y beneficiarse de sus indudables ventajas; y las crisis financieras, que a todos pueden afectar pero que golpean, más fuertemente, a los llamados países emergentes.

Ambas situaciones han determinado un aumento de la pobreza en el mundo. Por una parte los países más pobres resultan marginados, con lo cual la pobreza aumenta en ellos; y, por otra, los países emergentes al resultar más afectados por las crisis financieras pueden retroceder —y de hecho así ha ocurrido— en el proceso de reducción de la pobreza que habían emprendido antes de iniciarse las crisis. Si añadimos el aumento de los pobres en países desarrollados como consecuencia de una desigual distribución de la renta, tendríamos un primer cuadro de la situación del mundo en relación con la pobreza.

La calificación del siglo XX, sobre todo en la segunda mitad, como un siglo «de progreso» (4) es justa, dado el fuerte aumento experimentado por la producción mundial, en términos reales, que ha crecido a una tasa promedio superior al 3

por 100 frente a una tasa de crecimiento de la población que no ha superado el 1,4 por 100. Pero la calificación ha de ser rebajada si se tienen en cuenta las notables desigualdades económicas entre países. En efecto, las rentas *per capita* han crecido más, como hemos apuntado anteriormente, en los países industrializados que en los países en vías de desarrollo. Y el crecimiento de las desigualdades de la renta ha sido mayor aún porque el crecimiento demográfico ha sido superior en los países más pobres, de tal manera que, en algunos de ellos, las rentas *per capita*, en la actualidad, son inferiores a las que registraban los países avanzados. En 1900 la renta *per capita* en África era la novena parte que en los países más ricos, mientras que, hoy, es la vigésima parte. Y, en general, puede afirmarse que la mayor parte de las economías que entonces estaban menos desarrolladas permanecen en tal situación. Por lo tanto, no cabe desconocer que, pese a los logros alcanzados, la situación económica mundial plantea unos retos que van desde la necesidad de mejorar la capacidad productiva de una buena parte de la humanidad, y frenar el impacto negativo que el proceso de crecimiento puede generar sobre los recursos disponibles y sobre el medio ambiente —para que se pueda hablar de un desarrollo «sostenible»— hasta el fortalecimiento del sistema económico internacional, para evitar el contagio de las perturbaciones, incluidos los errores de las políticas económicas, que es una de las consecuencias indeseadas de la creciente interdependencia entre los países (5).

## 2. Los organismos económicos internacionales ante las crisis financieras y el aumento de la pobreza

De los tres organismos internacionales de ámbito mundial —Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización Mundial de Comercio— el primero de ellos es, claramente, competente en materia de crisis; pero todos



COLABORACIONES

(4) SUBDIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS DEL SECTOR EXTERIOR (2000): «Principales rasgos de la economía del siglo XX: un siglo de progreso», *BICE*, nº 2653. Madrid.

(5) VARELA, M. (1999): «Las crisis y el sistema financiero internacional». *Revista de Economía Mundial*. Universidad de Huelva. Nº 1.

ellos deben afrontar, conjunta y solidariamente, el problema de la reducción de la pobreza, que, en principio, encaja más en el mandato del Banco Mundial.

En efecto, el Fondo Monetario Internacional (6), nacido, en 1944, para ocuparse de los problemas monetarios internacionales – tipos de cambio y restricciones a los pagos – se ha centrado, sobre todo en la última década, en las crisis internacionales, y en su contagio, un tema que se plantea sobre nuevas bases desde que al aumento del comercio internacional se han sumado las crecientes transacciones financieras internacionales, consecuencia de la liberalización de los movimientos internacionales de capital. Algo que hace no mucho tiempo estaba reservado a un número muy limitado de países, y que se ha extendido a la mayor parte de los avanzados y a muchos países emergentes. Aunque las crisis financieras de los años noventa muestran ciertos rasgos comunes, lo cierto es que difieren entre ellas en aspectos sustanciales. No es nuestro objetivo tratar en profundidad este tema, pero quizás no sea ocioso recordar las diferencias entre las crisis del Sistema Monetario Europeo, en 1992-1993, consecuencia de las políticas monetarias y de la desconfianza de los mercados en la evolución futura del proceso de integración, y las crisis posteriores, cuyos episodios, a diferencia del caso anterior, afectaron casi únicamente a países en desarrollo. Y, entre ellos, también hay que diferenciar la crisis mexicana, de 1994-1995, consecuencia, entre otros factores, algunos políticos, del crecimiento del consumo privado, con la consiguiente caída de la tasa de ahorro, de las que afectaron, en 1997, a varios países asiáticos, cuya política monetaria anterior no era muy restrictiva, y donde la causa principal de la crisis estuvo, más bien, en una inversión excesiva, posibilitada por unas entradas de fondos exteriores, con fuerte peso relativo de los préstamos a corto plazo en relación con el nivel de reservas. La crisis de Rusia, 1998, entre los muchos defectos y carencias de la economía

en dicho país, se puede atribuir a fallos en el mercado de capitales, fue más virulenta que la mexicana, porque los tenedores de renta fija, sobre todo los inversores informados, fueron saliendo poco a poco de México, mientras que resultaron barridos en la crisis rusa. Esta perspectiva permite evaluar las posibles consecuencias del repudio de la deuda exterior, que está en el origen de la crisis que sufrió Brasil que se inició a partir de la moratoria unilateral de deuda, y que se agravó entre diciembre de 1998 y enero de 1999. Planteamientos también distintos llevaron, ya en el siglo XXI, a la crisis de Argentina y Turquía, aún no resueltas.

De este repaso a los últimos episodios de crisis es fácil deducir que no hay dos crisis iguales, como tampoco hay dos países o dos economías iguales. Pero sí hay algunos elementos comunes a todas ellas: déficit —corriente y presupuestario— elevados y persistentes; crecimiento rápido de la deuda externa, sobre todo de la deuda a corto plazo; intento de controlar la depreciación del tipo de cambio mediante elevaciones de los tipos de interés e intervenciones en el mercado de divisas. Esta combinación aparece aún con pesos diferentes en los distintos casos y es una muestra de que el país en cuestión presenta una situación financiera exterior que produce la crisis cuando algún acontecimiento, político o económico, interior o exterior actúa como detonante.

Una consecuencia de la variedad de las crisis es la práctica imposibilidad de elaborar indicadores fiables que las anticipen y que, en definitiva, no puedan predecirse. Mejorar la información económica y la transparencia de las economías, acertar en las políticas económicas más eficaces, y reforzar los sistemas financieros, y sus instituciones, incluidas las encargadas de la supervisión, son claras líneas de actuación que deben seguirse.

En 2001 prácticamente todos los episodios de crisis mencionados han sido superados. Para lograrlo la crisis mexicana requirió un paquete de ayuda financiera de 38.000 millones de dólares, de los que Estados Unidos aportó 20.000 millones que, junto con una contracción de la actividad económica —el PIB mexicano disminuyó un 7 por 100— y una fuerte recuperación de las exportaciones, generaron un cambio en las expectativas



COLABORACIONES

(6) VARELA, M. y VARELA, F. (2000): «Las instituciones financieras internacionales en el umbral del siglo XXI». En *Perspectivas del Sistema Financiero. Papeles de Economía*. Nº 68. Madrid.

y permitieron, de nuevo, el acceso de México a los mercados de capitales, en 1996. El efecto «tequila» afectó, sobre todo a Argentina, que lo pudo superar, temporalmente al menos, con un comportamiento macroeconómico ortodoxo, aunque con el coste de una fuerte pérdida de reservas.

La crisis asiática, que tenía un mayor componente privado, fue superada con una gran operación de apoyo del Fondo Monetario que contó con la colaboración de la banca privada internacional —sobre todo en el caso de Corea—. Por otra parte, la salida de la crisis fue dificultada por el retraso en la recuperación japonesa que frenó las exportaciones asiáticas que, de otra manera, habrían aumentado al producirse el ajuste de las economías en crisis.

La crisis rusa es un caso especial, ni Rusia es un país emergente, ni la crisis fue tan sólo una crisis «financiera», sino mucho más profunda. De ella se ha comenzado a salir con una combinación de reducciones de la deuda, mediante una quita y una renegociación de la llamada deuda soviética, es decir, la contraída antes de 1992.

En la economía brasileña, en la que se daban varios de los elementos negativos mencionados —déficit corriente y déficit presupuestario elevados; intento de mantener el tipo de cambio; y fuerte crecimiento de la deuda a corto plazo— el problema fiscal consistía en la refinanciación de deuda a corto plazo, a tipos de interés próximos al 40 por 100, a la vez que se había logrado una rebaja de la inflación a tasas cercanas a la estabilidad de precios. La crisis rusa, y su efecto sobre los mercados, desató la crisis brasileña, que se agravó por razones políticas. La salida de la misma ha requerido una combinación de ajuste presupuestario, devaluación de la moneda, e importante ayuda del Fondo Monetario y del Banco de Pagos Internacionales, con una participación relevante de Estados Unidos. El FMI ha acudido en apoyo de Turquía mientras discute las condiciones en las que puede aumentar lo prestado a Argentina.

Las crisis financieras de los años noventa y su solución muy criticada pero difícil de negar, ha planteado, de nuevo, temas como la necesidad de un prestamista de última instancia a nivel interna-

cional —una función que, con limitaciones, está cumpliendo el Fondo Monetario, como catalizador de fondos procedentes de distintas fuentes— o la mayor implicación del sector privado en la solución de las crisis, algo difícil de conseguir de modo voluntario y, quizás, imposible de manera compulsiva ya que afectaría, muy negativamente a las condiciones financieras de los préstamos y a las cotizaciones de los bonos, y podría suponer, en la práctica, el cierre de los mercados privados para muchos países emergentes.

No entraremos en estos aspectos y sí en las repercusiones de las crisis sobre la situación de la pobreza en el mundo.

Consecuencia de las crisis financieras, de la marginación de los países más atrasados en el proceso de globalización, y, en definitiva, del proceso de redistribución de la renta registrado tanto a nivel nacional como internacional, el hecho es que la pobreza ha avanzado en el mundo precisamente en el siglo XX en el que se han alcanzado los mayores índices de crecimiento.

No es necesario recurrir a la información procedente de posiciones críticas. El Banco Mundial, que nació en 1944, al mismo tiempo que el Fondo Monetario, para canalizar préstamos para el desarrollo de los países miembros, sin interferir, en principio, en el funcionamiento de los mercados privados de capitales, e, incluso, de los posibles préstamos públicos, ha tenido, por ello, que concentrar su actividad prestamista, de manera creciente, en los últimos años en el «alivio de la pobreza» que está presente no sólo en los préstamos a los países más pobres, sino, en todos los que realiza el propio Banco —así como en particular la Asociación de Desarrollo Internacional y, en menor medida, la Corporación Financiera Internacional—. Tales préstamos atienden al desarrollo rural y a sectores como sanidad, educación, etc. El «Informe sobre el desarrollo mundial 2000-2001» (7) es una clara muestra del nuevo enfoque del problema de la pobreza que sugiere el Banco Mundial, después de escuchar las «voces de los pobres» procedentes de 60 países. Ser pobre es algo más que carecer de comida, casa o medici-



COLABORACIONES

(7) BANCO MUNDIAL (2000): «Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000-2001. Lucha contra la pobreza». Washington D.C..

nas; es, también, ser vulnerable a acontecimientos que escapan a su control, ser tratados injustamente por las instituciones y por la sociedad y ser excluidos —de voz y voto— en dichas instituciones. Las cifras del propio Informe, y de otros documentos del Banco Mundial, nos dan una visión de la magnitud de la pobreza y de la creciente desigualdad entre países ricos y pobres.

En el mundo viven unos 6.000 millones de personas. Casi la mitad de ellos —2.800 millones— disponen, tan sólo de dos dólares al día, y una quinta parte —1.200 millones— tan sólo de un dólar. En los países ricos, solo un niño de cada cien no llega a cumplir los cinco años; la correspondiente cifra, para los países más pobres, es de veinte. La malnutrición, que en los países ricos afecta a menos del 5 por 100 de los niños menores de cinco años, alcanza al 50 por 100 en los países pobres. La distribución de los beneficios es, también, muy desigual, y así la renta media en los veinte países más ricos es 37 veces la media de los veinte más pobres y, además, esta diferencia se ha doblado en los últimos cuarenta años.

Estas cifras, y muchas otras publicadas por los organismos internacionales revelan una situación insostenible, por encima de las discusiones sobre los métodos seguidos para intentar la cuantificación de la pobreza en sus múltiples dimensiones (8). El Banco Mundial utiliza dos clases de indicadores: los de pobreza absoluta y relativa. Por pobreza absoluta se entiende el porcentaje de población que se sitúa por debajo de la línea de pobreza —1,08 dólares al día, a precios de 1993, ajustados por un índice de paridad del poder adquisitivo—. Este porcentaje ha disminuido, en los últimos diez años para el conjunto de países en desarrollo, pero con grandes diferencias entre las distintas regiones. Son mejores los resultados de Oriente Medio, Norte de África, y Sudeste asiático, las únicas regiones en las que ha disminuido el número de pobres, que los de Europa Central; América Latina y África Subsahariana en las que ha aumentado el número de personas medidas por el índice de pobreza absoluta.

El indicador de pobreza relativa se define

como el porcentaje de población de un país que vive con menos de la tercera parte del consumo medio en ese mismo país. Utilizando este indicador se ve que aumenta el porcentaje de población considerada pobre, en aquellas regiones con un consumo medio alto, y en aquellas otras con una fuerte desigualdad en la distribución de la renta. El ejemplo de América Latina es concluyente: un 15,6 por 100 de la población, pobre según el índice de pobreza absoluta, se convierte en un 51,4 por 100 si se utiliza el índice de pobreza relativa.

Ante este escenario el Banco Mundial (9) defiende una política de alivio de la pobreza basada en tres grandes áreas de acción, el aumento de las oportunidades, la influencia y seguridad de los más desfavorecidos, e insiste en la necesidad de cumplir los compromisos de reducción de la pobreza establecidos por las Naciones Unidas para los próximos años: reducir a la mitad la proporción de la población que vive con menos de un dólar al día; asegurar la educación primaria; eliminar la discriminación por razones de sexo tanto en la educación primaria como en la secundaria; reducir, en dos tercios, la mortalidad infantil; reducir, en tres cuartos, la mortalidad materna; asegurar el acceso universal a los servicios de salud relacionados con la reproducción; y poner en práctica estrategias nacionales para lograr un desarrollo sostenido, en todos los países, alrededor del año 2005, de modo que se pueda invertir la tendencia a la pérdida de recursos medioambientales alrededor del año 2015.

### 3. Evolución de la acción internacional para combatir la pobreza

El Banco Mundial, que ha estudiado en los últimos años los distintos aspectos de la evolución del problema de la pobreza, ha profundizado en sus causas que, como podía esperarse, son múltiples. Comienzan por la falta de ingresos y bienes para atender las necesidades básicas —alimentos, vivienda, vestido y niveles aceptables de salud y educación—; siguen por la ausencia de voz y de poder, de los más desfavorecidos, para dar a cono-



COLABORACIONES

(8) BANCO MUNDIAL (2000): «Global Economic Prospects and the Developing Countries». Washington D. C.

(9) BANCO MUNDIAL (2000): «Informe sobre Desarrollo Humano 2000». Washington D. C.

cer sus intereses de manera que sean tenidos en cuenta en las decisiones del estado y de la sociedad; y por la vulnerabilidad ante acontecimientos adversos, a los que no pueden hacer frente, que los hace más propensos a contraer enfermedades, o ser víctimas de las catástrofes naturales. A todo ello se añade con frecuencia la falta de respuesta del Estado, y de las instituciones, para mitigar dichos riesgos dada la ausencia de infraestructuras, de intervenciones de salud pública, de un sistema legal justo, etc. que impiden reducir la vulnerabilidad de los más pobres (10).

Ante esta situación, a nadie puede extrañar que, como ya se ha indicado, la mayor parte de los préstamos del Banco Mundial y su grupo vayan dirigidos al alivio de la pobreza y al desarrollo rural, junto con el ajuste estructural y los temas relacionados con la reducción o condonación de la deuda exterior. En este marco la conservación del medio ambiente y los recursos humanos cobran cada vez más importancia. De igual manera, desde la creación de la Asociación de Desarrollo Internacional ha aumentado la financiación a muy largo plazo, y en condiciones concesionarias, a los países de rentas más bajas.

A lo largo de su existencia el Grupo del Banco Mundial, seguido por los Bancos Regionales de Desarrollo, ha sido la fuente principal de ayuda multilateral para el desarrollo, aunque su importancia cuantitativa —más de 400.000 millones de dólares transferidos— es superada por la cualitativa, que incluye el arrastre de fondos de otras procedencias, sobre todo hacia países que difícilmente los hubieran recibido en otro caso. Junto con las ayudas multilaterales hay otras bilaterales, muchas veces ligadas a la financiación de exportaciones de los países donantes. El volumen de ayuda fue creciendo en los años de posguerra, sobre la base de las aportaciones casi exclusivas de Estados Unidos, a las que, poco a poco, se fueron incorporando las de Francia, Inglaterra, Alemania, Japón y otros países. Las crisis internacionales de los años setenta y ochenta —la del sistema monetario internacional, las del petróleo

y las de la deuda exterior— terminaron con el crecimiento de la ayuda, como consecuencia de los problemas presupuestarios, de muchos países, y del final de la guerra fría (11). Prácticamente desde entonces se ha producido una fuerte expansión de los flujos privados de capital, que, ya en los años noventa, se han materializado sobre todo en forma de inversiones directas, cuya estabilidad ha sido muy superior a la de otros flujos financieros que, por el contrario, han acusado gran volatilidad convirtiéndose en un elemento propagador de las crisis. Los capitales privados, cuyo volumen es hoy más importante desde el punto de vista internacional, se han concentrado en una treintena de países —los llamados países emergentes que han liberalizado las entradas— sobre todo países de rentas medias o rentas medias altas. Los países más atrasados han resultado marginados.

El efecto de todo ello ha sido agrandar las diferencias entre los países industriales y los países en desarrollo, y sobre todo con los países más atrasados. El Banco Mundial sensible a estos hechos, y también a las críticas que recibía desde varios sectores —universitarios, ONG, los propios países en desarrollo, etc.— reaccionó, en la década de los noventa, con un estudio sobre la eficacia de la ayuda, cuyas conclusiones eran las siguientes: la ayuda para ser eficaz, debe dirigirse a países de bajos ingresos que sigan políticas orientadas al crecimiento y a la reducción de la pobreza; debe concentrarse en las reformas que tengan apoyo político en el país receptor; las medidas deben adaptarse a las condiciones de cada país, y de cada sector; los proyectos deben crear y transmitir conocimientos y capacidades; y las agencias de ayuda al desarrollo han de buscar nuevos enfoques, ya que los métodos tradicionales han fracasado.

Este estudio del Banco Mundial pone de relieve los problemas que reducen la eficacia de la ayuda al desarrollo, aunque tiene aspectos criticables puesto que apenas cuestiona la actitud de los donantes, cuyas conductas también restan eficacia

(10) BANCO MUNDIAL (2000): «En el Umbral del Siglo XXI. Informe sobre el desarrollo mundial 1999-2000». Ed. Mundi – Prensa. Madrid. Barcelona. México.

(11) Esta evolución puede seguirse en los informes del CAD (OCDE) (2000): «Coopération pour le développement». El último París.



COLABORACIONES

a la ayuda. En particular la falta de coherencia en las políticas y la discrecionalidad de las decisiones. Aspectos que se recogen en un informe más reciente de la UNCTAD sobre los Países Menos Adelantados.

A partir de los estudios realizados, y de la experiencia acumulada durante el medio siglo de existencia del Banco Mundial, se ha establecido la llamada «nueva estrategia» del desarrollo (12), para reducir la pobreza, cuyas características son:

a) El proceso de desarrollo es complejo y no permite ofrecer soluciones iguales para los distintos países. Cada uno de ellos debe establecer su propia agenda y, sobre todo, hacer suyas las medidas necesarias para incorporar la ayuda exterior. La condicionalidad debe ser más el resultado de un pacto que una imposición; b) El programa debe integrar elementos institucionales, porque está demostrado que los países más avanzados en este aspecto atraen más capitales. Pero el simple desarrollo del mercado no garantiza la disponibilidad de recursos y, menos aún, su eficaz utilización; c) Coordinación de las ayudas bilaterales y multilaterales, para alcanzar mayor eficacia en la reducción de la pobreza; d) El enfoque de la ayuda ha de ser transnacional, ya que los problemas que plantea la globalización no los puede solucionar un país por importante que sea. En el proceso de desarrollo aparecen oportunidades y retos, y surgen problemas que generan externalidades negativas, que al afectar a otros países, exigen soluciones globales.

El cambio en la estrategia del Banco Mundial, basado en las características señaladas, ha condicionado su actuación en los últimos años. Cada vez actúa más como catalizador de recursos de diferentes procedencias, y tiene menos importancia relativa su actividad directa como prestamista; el Grupo del Banco Mundial ha pasado de financiar sobre todo infraestructuras a concentrarse, de forma preferente, en la reducción de la pobreza y el desarrollo social básico, hasta el punto de que, en ocasiones, financia proyectos con una rentabilidad más social que económica, que inciden en el desarrollo de los recursos humanos.

(12) SUBDIRECCION GENERAL DE INSTITUCIONES FINANCIERAS MULTILATERALES (2000): «La nueva estrategia del desarrollo». II Jornadas sobre Financiación Multilateral. Pág. 1. Madrid. Febrero.

Esta nueva estrategia del Banco Mundial se recoge en el llamado Marco Integral de Desarrollo (13), cuya implantación supone un esfuerzo importante en términos de recursos humanos y financieros. Se comenzó con trece países que se han autoseleccionado. El proceso se inicia a petición de los países y se ha concretado ya en la Iniciativa para Países Pobres muy Endeudados (PPME), en la que cooperan Fondo Monetario y Banco Mundial, en la reconversión del Servicio Reforzado de Ajuste Estructural (SRAE) y en el Servicio para la Reducción de la Pobreza y el Crecimiento (SRPC).

Los problemas de ajuste orientado al crecimiento que administra el Fondo Monetario, en estrecha colaboración con el Banco Mundial, son una combinación de medidas macroeconómicas, para influir en la demanda agregada, y de medidas microeconómicas destinadas a reforzar la economía por el lado de la oferta, además de las encaminadas a aumentar el potencial de crecimiento y la flexibilidad de la economía. Desde hace una década se examinan, con gran detenimiento, los aspectos sociales de las medidas de política económica como el establecimiento de redes de protección social y el intento de lograr la equidad de la política económica y del gasto público. Se ha llegado a la conclusión de que los programas de reforma serán más viables y eficaces, a largo plazo, en la medida en la que incidan más en la equidad y el desarrollo de los recursos humanos (14). Por eso, hoy, es normal que, en las consultas bilaterales con los países, se examinen las repercusiones de las medidas de política económica, que se proponen, sobre la pobreza, la salud, la educación y el empleo.

Aunque las cuestiones sociales se incluyen más específicamente en el mandato del Banco Mundial, el Fondo Monetario hace esfuerzos crecientes para mejorar la equidad, tratando de definir un programa social, coherente con el progra-

(13) SUBDIRECCION GENERAL DE INSTITUCIONES FINANCIERAS MULTILATERALES (2000): «La nueva estrategia del desarrollo». II Jornadas sobre Financiación Multilateral. Pág. 9. Madrid. Febrero.

(14) FERNANDEZ, M. J. (2000): «Nuevas estrategias para la reducción de la pobreza: el papel del FMI». Subdirección General de Instituciones Financieras Multilaterales. II Jornadas sobre Financiación Multilateral. Madrid. Febrero.



COLABORACIONES

ma económico, y se estimula la participación de empresarios y obreros en las deliberaciones sobre política económica, siguiendo el método propugnado por la Organización Internacional del Trabajo. Los organismos internacionales en general, y el Fondo Monetario y el Banco Mundial en particular, están convencidos de que, para lograr que las medidas de reforma tengan éxito, es fundamental evaluar los costes humanos que entraña el proceso de reforma.

En esta línea de mayor colaboración entre las dos instituciones financieras internacionales, en las operaciones de reducción de la pobreza y estímulo del crecimiento, en 1999, el Servicio Reforzado de Ajuste Estructural (SRAE) fue sustituido por el Servicio para el Crecimiento y la Lucha contra la Pobreza (SCLP) (15), que funciona paralelamente con la Iniciativa para los Países Pobres Muy Endeudados (PPME) (16). Para que la acción contra la pobreza sea más eficaz, los países prestatarios elaboran ahora un documento, en el que se procura intervengan la sociedad civil, las ONG, los donantes, y las instituciones internacionales. Se buscan, en definitiva, nuevas ideas, en cuanto a estrategias y medidas, para alcanzar metas compartidas, con las que se comprometan los propios países. Los objetivos macroeconómicos se intenta que sean el resultado de un amplio debate abierto, que incluya el orden de prelación de los programas sociales y sectoriales, así como de las reformas estructurales encaminadas a la reducción de la pobreza.

Este esquema se ha comenzado a aplicar a un conjunto de países de rentas bajas, habilitados para ser beneficiarios de este servicio financiero, que les permite obtener crédito hasta un 140 por 100 de su cuota, en un programa trienal, y que puede llegar al 185 por 100, en circunstancias excepcionales. A estos préstamos se les aplica un tipo de interés simbólico del 0,5 por 100 anual, y los reembolsos se efectúan semestralmente una vez transcurrido

cinco años y medio de carencia y finalizan diez años después de efectuado el desembolso.

Los técnicos del Fondo y del Banco colaboran en la tarea centrándose, en principio, en sus respectivos ámbitos de experiencia. En esta línea es el Banco Mundial el que asesora en el diseño de estrategias de reducción de la pobreza, cuestiones sociales y gastos prioritarios que se consideran necesarios.

Los créditos se conceden a través de la Cuenta Financiera del SCLP, que recibe recursos procedentes de gobiernos, Bancos Centrales y otras instituciones, a tipos de interés de mercado, que son subsidiados para permitir la concesionalidad.

Los organismos financieros internacionales —Fondo y Banco— elaboran, conjuntamente, un programa de acción —la Iniciativa IPPME— que se adoptó en 1996, para proporcionar asistencia excepcional a los países que reduzcan su deuda externa a los niveles a los que puedan hacerla frente con sus ingresos de exportación, la asistencia financiera y las entradas de capital. Se trata de una estrategia global que exige la participación de todos los acreedores y se intenta, además de una reducción del valor neto actualizado de todas las obligaciones del país deudor, crear incentivos para la nueva inversión y respaldar a las reformas políticas. Entre ellas la Iniciativa trata de asegurar la financiación necesaria para los programas del sector social, sobre todo en salud y educación. El tipo de países a los que va dirigida es, precisamente, el de aquellos que, por no haber recibido cantidades relevantes de créditos bancarios, no pudieron beneficiarse del Plan Brady. En el caso de los países pobres altamente endeudados, una parte sustancial de su endeudamiento es con instituciones financieras, que, por exigencia estatutaria, no podían realizar condonaciones y con gobiernos extranjeros. El tema fue abordado por el G-7 en varias reuniones, desde Toronto, en 1988, reducciones de la deuda que empezaron por un 33 por 100 y llegaron al 90 por 100, en la de Colonia, en 1999. Las instituciones financieras se han incorporado a esta acción, desde 1996, mediante la Iniciativa, que fue reforzada y flexibilizada el año 1999, para que los países pudieran obtener un alivio más amplio y rápido, y se beneficiaran de los víncu-

(15) BOLETIN DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (2000): «El FMI reforma sus operaciones ante el fortalecimiento de la economía mundial». Volumen 29. Suplemento. Pág. 1. Septiembre.

(16) BOLETIN DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (2001): «Iniciativa para los Países Pobres Muy Endeudados». Boletín del Fondo Monetario Internacional. Volumen 30. N° 1. Enero.



COLABORACIONES

los entre alivio de la deuda, reducción de la pobreza y política social.

Para acceder a la Iniciativa, el país debe estar calificado para recibir asistencia al amparo del SCLP, y ayuda de la Asociación Internacional de Fomento, del Grupo de Banco Mundial. Además, debe mostrar un nivel de deuda insostenible, tras haber agotado los mecanismos «normales» de alivio de la deuda, y exhibir una evolución satisfactoria en materia de ajuste y reforma, mediante programas respaldados por el Fondo Monetario y el Banco Mundial, que garanticen el uso eficaz del alivio de la deuda.

Inicialmente, el nuevo sistema se aplicó a nueve países, siete africanos y dos americanos, comprometiéndose unos 500 millones de dólares, de los que más de la mitad fueron donaciones. Bolivia fue el primer país latinoamericano habilitado para recibir alivio de la deuda, en el marco de la Iniciativa Reforzada para los PPME. En valores netos actualizados, el alivio asciende para ese país —sumando los compromisos iniciales— a unos 1.300 millones de dólares. Mauritania fue el primer país africano, habilitado para recibir alivio de deuda por 1.200 millones de dólares. Más tarde siguieron este camino Mozambique, Tanzania y Uganda.

La flexibilización, en muchos aspectos, del procedimiento de la Iniciativa —que había recibido críticas sobre todo por su duración que, en el caso de Uganda, primer país que llegó al llamado punto de culminación, fue de casi tres años— ha permitido que las instituciones financieras anunciaran, a finales de diciembre de 2000, que 22 países (18 de ellos africanos) habían reunido los requisitos para recibir el alivio de la deuda, en el marco de la Iniciativa PPME, que, por ello ahorraran 34.000 millones de dólares en obligaciones del servicio de la deuda. Cuando alcancen el punto de culminación, la deuda externa de estos países se reducirá, en promedio, en dos tercios, como resultado de los mecanismos tradicionales, de la propia Iniciativa y de acciones bilaterales. En el comunicado (17) aseguran que en el año 2001 se dará un paso importante en el intento —uno de los

desafíos más importantes de nuestro tiempo— de ayudar a los miembros más pobres de la comunidad internacional a compartir la prosperidad que disfrutaban tantos otros países. Un elemento clave ha sido, precisamente, el alivio de la deuda de los países pobres muy endeudados. Se intenta que estos países, que han establecido estrategias para reducir la pobreza, perseveren en el logro de metas, necesariamente a largo plazo, a pesar de las dificultades que crean circunstancias difíciles, como el SIDA y otras epidemias, además de conflictos de todo tipo. Al mismo tiempo se trata de extender el alivio de la deuda a aquellos otros países que aún no han reunido todos los requisitos, y se encuentran en situaciones complicadas por conflictos, incluso enfrentamientos bélicos, que hacen imposible pensar siquiera y, menos aún, aplicar las reformas económicas, que incluyan programas de desarrollo humano, buen gobierno y gestión eficaz.

Se prevé que unos 40 países podrán acogerse a la Iniciativa; de ellos, más de la mitad están ya en marcha tras dos décadas de estancamiento económico y de escasos avances en la reducción de la pobreza, sobre todo en África al sur del Sahara. Se han adoptado medidas encaminadas a lograr un crecimiento más rápido y una reducción de la pobreza. Pero pese a los avances que se aprecian en los últimos años el crecimiento continúa siendo frágil, los niveles de vida muy bajos, y la pobreza generalizada. Los indicadores de salud y educación y las oportunidades de empleo no siguen el ritmo de expansión de la fuerza laboral. Por ello estos países no han podido aprovechar las ventajas de la globalización de la que se encuentran marginados.

#### 4. Necesidad de una actuación más eficaz y más coordinada

Es innegable que, en un siglo de progreso, como el que acaba de cerrarse, hay asignaturas pendientes. Entre ellas está la evolución de la pobreza en el mundo, en los distintos tipos de países. Los países ricos tienen conocimientos y medios suficientes para hacer frente a este problema.

En el ámbito internacional, por el contrario,



COLABORACIONES

(17) BOLETIN FMI (2001): «Veinte países reúnen los requisitos de la Iniciativa PPME». Pág. 1. Washington D.C. 15-1-2001.

ningún país sería capaz de afrontarlo con éxito. Hace falta, en este caso una vez más, una acción conjunta de los países industrializados que, para ser eficaz, debe estar bien diseñada y coordinada.

El mecanismo establecido, hace más de cincuenta años, para realizar tareas de este tipo, la cooperación entre Estados en el seno de organismos internacionales, ofrece amplias posibilidades. Pero la primera condición es que los países —que son los que mandan en tales organismos— estén persuadidos de la importancia de esta asignatura pendiente. Hay que mejorar la situación de los países pobres, ya que, no podrá haber un futuro para los países ricos si aquellos no acceden a la prosperidad. En la mayor parte de los casos —en particular para el grupo de países muy pobres altamente endeudados— no será suficiente la simple combinación de mejores políticas económicas, que ya constituiría un notable avance, y de un alivio de la deuda que, por supuesto, es condición indispensable.

Es necesaria, además, una acción de altos vuelos que implique a todos los organismos internacionales que pueden cooperar en el avance hacia la solución del problema, y asegurar, al mismo tiempo, la mejor coordinación entre las diversas acciones.

Los países pobres presentan una situación que sigue siendo posible ilustrar como el círculo vicioso de la pobreza que engendra pobreza. Naturalmente que deben centrar su atención en la estabilidad macroeconómica —mediante políticas monetarias, fiscales y cambiarias adecuadas— y en las reformas estructurales, que mejoren el funcionamiento de los mercados. Pero además, es necesario que sus planes, para estimular el crecimiento y reducir la pobreza, cuenten con un amplio respaldo en los propios países. Y que mejoren la calidad del gobierno, las normas legales, la apertura y la transparencia en la función pública, de manera que todo ello contribuya a crear un entorno más favorable a la inversión y la producción, y se reduzca la corrupción (18).

(18) PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) (1999): «Informe sobre el Desarrollo Humano». El capítulo 4 se dedica a «Medidas adoptadas en el plano nacional para que la mundialización funcione en pro del desarrollo humano».

En todas estas líneas de acción, que los propios países pobres no deberían obviar, los países desarrollados, y los organismos internacionales no pueden darles más que buenos consejos, es decir asistencia técnica.

Pero, además de todo ello, precisan, inexcusablemente, de asistencia financiera estable y, en general, de ayudas que potencien el crecimiento de los recursos que posean, y les permita utilizarlos con eficacia.

En la Organización Mundial de Comercio (OMC) —con cuya aparición, en la década de los años 90, se ha institucionalizado el acuerdo del GATT, además de completarse con nuevas competencias sobre servicios, propiedad intelectual ligada al comercio y políticas comerciales— hay un proyecto para reducir a cero los aranceles que actualmente gravan la entrada, en los países industriales, de los productos procedentes de los países pobres. Quizás el mayor «éxito» de las protestas de Seattle, con motivo de la Conferencia de la OMC, que tuvo que ser suspendida, haya sido el aplazamiento de la discusión, y, eventualmente, de la aprobación, de la mencionada propuesta.

Sin embargo, el tema, que ya ha sido retomado por el organismo internacional, debería ser aprobado en la Conferencia convocada en Qatar en noviembre de 2001, si hubiera acuerdo entre los países más importantes, sobre todo: Estados Unidos, la Unión Europea, y Japón. Una vez más, despejada las dudas sobre la propia celebración de la cumbre de la OMC —alimentadas por la suspensión de la Reunión anual Fondo/Banco que debía celebrarse en Washington poco después del ataque terrorista del 11 de septiembre— no hay acuerdo ni entre países ricos y pobres que se enfrentan, sobre todo en productos agrícolas y en patentes, ni entre los mismos países desarrollados, sobre todo entre Estados Unidos y la Unión Europea.

No hay duda de que un acuerdo más amplio y directo como el que parece haberse logrado en materia de terrorismo parece indispensable en el caso de la lucha contra la pobreza.

Los países pobres mantienen, en su mayoría, unos volúmenes de deuda exterior a todas luces insostenibles. Hay que dinamizar los mecanis-



COLABORACIONES

mos del Club de París y flexibilizar —incluso reduciendo los plazos— los instrumentos de apoyo a la reducción de deuda, diseñados por los organismos financieros internacionales, como el SCLP, y la Iniciativa PPME, que han empezado a dar resultados positivos, aunque insuficientes. Hay que coordinar, más y mejor, las ayudas para reducir o condonar las deudas bilaterales y las multilaterales. Todos los acreedores han de respaldar las decisiones y hay que asegurar que la financiación que se otorgue, a través del servicio SCLP, y de la Iniciativa PPME, sea realmente adicional, y no se produzca a expensas de otras corrientes de ayuda. Hay que cumplir los compromisos internacionales sobre niveles de la ayuda oficial al desarrollo.

En el año 1999 se diseñó una política más ambiciosa, con nuevos y más favorables criterios para establecer el umbral de deuda sostenible, acortamiento de algunos plazos y mayor vinculación de la reducción de deuda con los programas concretos de reducción de la pobreza. Han transcurrido dos años y aunque los avances logrados son innegables, no son decisivos ante la magnitud de la tarea con la que hay que enfrentarse. Ni el número de países ni el volumen de la deuda ya cancelada son decisivos. Una vez más se demandan «puestas al día» de las reglas vigentes.

Creemos que no basta con esto, por más que por ese camino se puedan lograr progresos puntuales. Lo que tiene que cambiar es la actitud de los países y, en consecuencia, de los organismos internacionales, en el sentido de declarar —y actuar en consecuencia— que la prioridad es la lucha contra la pobreza. Quizás la reacción a la acción terrorista del mes de septiembre pueda servir de pauta y lograr que la acción colectiva que se ha emprendido se extienda, además, a combatir la pobreza en el mundo. Es una agenda larga y crucial, para que la prosperidad que disfrutaban muchas partes del mundo llegue a tantos seres humanos que no pueden satisfacer sus necesidades básicas.

La importancia del tema requiere, quizás, de un impulso extraordinario que sólo puede proceder del G-7. Constituido por los siete países más desarrollados del mundo, que son, también, acreedores de la mayor parte de la deuda exterior de

los países pobres, y cuyo peso es decisivo en todos los organismos y, sobre todo aquellos en los que el poder votante está ponderado por la importancia política y económica de los miembros, medida por las correspondientes cuotas. Además, predicarían con el ejemplo, que suele ser un método eficaz.

No otra cosa es lo que pide la UNCTAD (19), que en la Tercera Conferencia sobre los países más atrasados, ha sugerido una nueva estrategia de financiación del desarrollo, articulada sobre cinco ejes: reorientación de las políticas nacionales; coherencia de las mismas con la situación de los PMA; alivio real de la carga de la deuda externa; garantía de mantenimiento de las corrientes de asistencia financiera; y fomento de una verdadera propiedad nacional de los recursos empleados.

El futuro de la evolución de la pobreza en el mundo está en manos de los países, y entre ellos de los países subdesarrollados. Tienen que llegar a acuerdos y otorgar a los organismos económicos internacionales el mandato pertinente, que les permita actuar, así como los recursos necesarios para que la acción sea, a la vez, posible y eficaz. Primero de decisión: aumentar la ayuda, tanto bilateral como multilateral. Es decir lo contrario de lo que ha sucedido en el último decenio. Según datos del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD), de la OCDE, la reducción de la ayuda ha supuesto, en los últimos diez años, una pérdida para los PED de 136.000 millones de dólares. Además, la Ayuda Oficial para el Desarrollo (AOD) fundamental para los países más pobres se ha situado en 2000 en el 0,22 por 100 del PNB de los países donantes, cuyo compromiso era alcanzar el 0,7 por 100. Por ahí hay que empezar y además por condonar o reducir deuda y facilitar el acceso a los mercados de los productos procedentes de dichos mercados. Después de la decisión habría que hablar de coordinación, indispensable para una mayor eficacia de las acciones contra la pobreza (20).

(19) UNCTAD (2000): «Informe 2000 sobre la situación de los PMA». Noviembre. Ver también OCAMPO, J. A. (2000): «La reforma financiera internacional: una agenda ampliada». CEPAL.

(20) M. GUITIÁN (1999): «Orden financiero internacional: un reto para el fin de siglo». *Moneda y Crédito*. Nº 208. Madrid.



COLABORACIONES

## Bibliografía

1. BANCO MUNDIAL: «Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000-2001. Lucha contra la pobreza». Washington D.C. 2001.
2. BANCO MUNDIAL: «Global Economic Prospects and the Developing Countries». Washington D. C. 2000.
3. BANCO MUNDIAL: «Informe sobre Desarrollo Humano 2000». Washington D. C. 2000.
4. BANCO MUNDIAL: «En el Umbral del Siglo XXI. Informe sobre el desarrollo mundial 1999-2000». Ed. Mundi – Prensa. Madrid. Barcelona. México. 2000.
5. DORNBUSCH, R.: «A century of unrivalled prosperity». Instituto Tecnológico de Massachusetts. Abril, 1999.
6. FERNANDEZ, M. J.: «Nuevas estrategias para la reducción de la pobreza: el papel del FMI». Subdirección General de Instituciones Financieras Multilaterales. II Jornadas sobre Financiación Multilateral. Madrid. Febrero 2000.
7. FMI: «El FMI reforma sus operaciones ante el fortalecimiento de la economía mundial». *Boletín del Fondo Monetario Internacional*. Volumen 29. Suplemento. Pág. 1. Septiembre 2000.
8. FMI: «Iniciativa para los Países Pobres Muy Endeudados». *Boletín del Fondo Monetario Internacional*. Volumen 30. Nº 1. Enero 2001.
9. FMI: «Veinte países reúnen los requisitos de la Iniciativa PPME». *Boletín del Fondo Monetario Internacional*. Pág. 1. Washington D.C. 15-1-2001.
10. GUITIAN, M.: «Orden financiero internacional: un reto para el fin de siglo». *Moneda y Crédito*. Nº 208. Madrid. 1999.
11. GUITIAN, M. y VARELA, F. coordinadores: «Sistemas económicos ante la globalización». Edit. Pirámide. Madrid. 2000.
12. OCDE: «Coopération pour le développement». Informe del CAD. El último París. 2000.
13. PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD): «Informe sobre el Desarrollo Humano 1999». El capítulo 4 se dedica a «Medidas adoptadas en el plano nacional para que la mundialización funcione en pro del desarrollo humano».
14. SOLOW, R. M.: «A contribution to the theory of economic growth». *Quarterly Journal of Economics*. LXX. 1956.
15. SUBDIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS DEL SECTOR EXTERIOR: «Principales rasgos de la economía del siglo XX: un siglo de progreso» *BICE*, nº 2653. Madrid. 2000.
16. SUBDIRECCIÓN GENERAL DE INSTITUCIONES FINANCIERAS MULTILATERALES: «La nueva estrategia del desarrollo». II Jornadas sobre Financiación Multilateral. Pág. 1. Madrid. Febrero 2000.
17. SUBDIRECCIÓN GENERAL DE INSTITUCIONES FINANCIERAS MULTILATERALES: «La nueva estrategia del desarrollo». II Jornadas sobre Financiación Multilateral. Pág. 9. Madrid. Febrero 2000.
18. UNCTAD: «Informe 2000 sobre la situación de los PMA». Noviembre 2000. Ver, también. J. A. OCAMPO: «La reforma financiera internacional: una agenda ampliada». CEPAL. 2000
19. VARELA, M.: «Las crisis y el sistema financiero internacional». *Revista de Economía Mundial*. Universidad de Huelva. Nº 1. 1999.
20. VARELA, M. y VARELA, F.: «Las instituciones financieras internacionales en el umbral del siglo XXI». En *Perspectivas del Sistema Financiero. Papeles de Economía*. Nº 68. Madrid. 2000.



COLABORACIONES